



I. CAPEA EN EL GASTOR (CÁDIZ)¹



odas las mañanas salía temprano de la ciudad para bajar al río. El aire era fresco y sentía una vitalidad que se acrecentaba al pensar en el extenuante calor que seguiría al elevarse el sol. El rocío aún brillaba a la sombra de las rocas que se recalentarían como hornos al mediodía y la vegetación, aún no agostada por el verano, perfumaba la brisa.

Subía por una antigua senda de mulas, pasaba los derruidos muros del lagar y del horno de cal, protegido de la mirada de las mujeres por un seto de espino (esa mirada cargada de magia que, según la mujer y la estación, podía lisiar un mulo, secar un árbol o, más fácil aún, extinguir el fuego de un horno), bajo unos acantilados tan majestuosos como los que Platinir imaginó a las orillas de la laguna Estigia. Bruscamente, la senda se abría: a la derecha se elevaba la gran formación megalítica de la Ventanilla y, ante

¹ Nota del Editor: Françoise Geoffroy, viuda de Julian Pitt-Rivers, me hizo entrega de este texto, escrito en inglés y mecanografiado sobre copias de papel de seda, que se guardaba en el Archivo de su marido antes de que pasara, en virtud de su donación, a ser ordenado y custodiado en la Biblioteca del Laboratoire d'Ethnologie et Sociologie Comparative, Maison René Ginouvès, Universidad Paris X-Nanterre. El texto debió ser escrito en la época en que el profesor vivía en Grazalema trabajando sobre su célebre tesis doctoral, *The People of the Sierra*. Ha sido traducido por la Lda. Isabel Borrero Beca.

mí, el valle se extendía como una amante desnuda, revelando cada mañana una belleza que sobrepasaba mi recuerdo del día anterior, de tal forma que me sentaba en un peñasco a calibrar, emocionado, la delicada perfección de sus formas y la enorme proporción de su tamaño. ¿Cómo es posible que nunca hubiera notado los troncos de aquellos lejanos olivos, el profundo verdor de la sombra tras el otero...? ¿O el precipicio donde los buitres se hundían planeando, desvaneciéndose en el infinito antes de alcanzar, mediante un corto ascenso vertiginoso, el saliente de roca rojiza blanqueada por los excrementos de generaciones de sus antepasados...? ¿O la pureza de los grises y los dorados o la sutileza con que la naturaleza, imitando al arte, había hecho florecer adelfas escarlatas en los meandros del arroyo? Esta era la vista que, según la tradición local, fue ocultada cuando Satanás tentó al Salvador desde lo alto de un otero, pues, de lo contrario, la raza humana hubiera seguido sin redención.

En las laderas inferiores había muchas casas de labor rodeadas de frutales y castaños regados por delgados veneros de agua. Donde varios arroyos se unían, se formaba una torrentera que desaguaba, cuando llevaba exceso de corriente, en el naciente río Guadalete. Durante el resto del año, su caudal era desviado de su destino natural, mediante un canal artificial que conducía las aguas de una rueda de molino a otra hasta extinguirse, más abajo, en los maizales del valle. Más allá el terreno se extendía en extraños pliegues cubiertos de encinares y, a lo lejos, unas colinas apenas cultivables, estaban dominadas por grandes casas solariegas que se perfilaban, sobre el horizonte, como castillos roquedos.



Fig. n.º I.1.— *Julian Pitt-Rivers en Grazalema; al fondo el Peñón Grande* (Fot. de autor desconocido, Arch. Pitt-Rivers, Laboratoire d'Ethnographie et Sociologie Comparative, Maison René Ginouvès, Université Paris X-Nanterre).

Enfrente de este valle se yergue el monte Lagarín, conocida entre los del lugar por su capacidad de profetizar los cambios metereológicos: «Cuando Lagarín esconde la cabeza, ponte el abrigo», dicen los vecinos de Grazalema (Fig. n.º I.1).

Al lado del Lagarín, e igualmente sombrío y solitario, se eleva otro pico llamado Malaver, es decir, «malo para ver». Las mismas nubes que cubren el Lagarín y mandan a todo el mundo a buscar las chaquetas también esconden a su desgraciado gemelo. Nunca conseguí que me dieran una explicación satisfactoria de este nombre. Cada vez que preguntaba me respondían con una inocente tautología como, por ejemplo, «Cada montaña tiene su nombre y el de ésta es Malaver». Juanito, que se tomaba muy en serio su puesto como chófer-secretario-informador, sentía que aquello requería una respuesta algo más imaginativa y se embarcaba en una de sus interminables «pruebas sobre el origen de una historia» pero, en realidad, lo que verdaderamente se ponía a prueba eran mi paciencia y mi credulidad.

— «Hubo una vez —contaba Juanito— Un hombre que vivía en esa montaña y se marchó».

— «¿Por qué se marchó?»—, le pregunté.

— «¿Cómo voy a saber por qué se marchó? Eso era asunto suyo. Estuvo fuera mucho tiempo haciendo lo que fuese, y cuando volvió encontró que su mujer había muerto, por eso se llamó Mal-a-ver».

— «¿Quería mucho a su mujer?».

— «Bueno, quizá fue su hija la que murió mientras él estaba fuera. Esta es una de las historias que los viejos solían contar».

– «En ese caso ¿por qué su mujer no le escribió contándole la muerte de su hija?».

– «Ella no tenía su dirección. Él había ido a trabajar como camionero para ganar mucho dinero y enviar a su hija a un colegio de monjas para que se educara con las hijas de los ricos. La niña era muy bonita. Por eso él se puso tan triste cuando vio Malaver y comprendió que no tenía que haberse marchado, ni haber deseado ganar tanto dinero».

– «¿Qué hizo con el dinero?».

– «Se lo gastó emborrachándose».

Detrás del maquillaje de la anécdota, se adivinaban detalles de la propia vida de Juanito. Él se había marchado a ganar dinero y poder casarse, pero fue despedido a los pocos meses de su trabajo de camionero, y como nadie que lo conocía quería darle trabajo, no pudo casarse, así que rompió con su novia acusándola de que le había sido infiel.

Contrasté la historia de Juanito, sobre el origen del nombre, con la de María, la cual contestó sentenciosamente: «Cada hombre tiene su Malaver y el día en que no quede vino en Grazalema toda la sierra será Malaver para Juanito».

Por un flanco del Lagarín se extendía una mancha púrpura como de vino derramado. La tierra, de ese tono, es fértil y en esa ladera hay viejos huertos con olivos y jóvenes plantaciones de maíz cuyos verdes resultaban tan chocantes contra el tono púrpura del terreno como una interjección obscena lo es lanzada por un niño. Pero el resto de la montaña es árido, marrón y parece de las formas y tonos nobles del granito de Grazalema. Sobre un repecho, en su extremo más alejado, se asienta el pueblo de El Gastor, un enclave perpen-

dicular marcado a cal sobre las líneas onduladas del paisaje. Uno de los pueblos que mi amigo el juez decía que prefería estar preso en Jerez que ser magistrado en uno de ellos. Es un pueblo pobre aunque, como me decía Pepe el guardia municipal: «En este pueblo hay mucha *hombría*» (Fig. n.º I.2).



Fig. n.º I.2.— *Panorámica de El Gastor (Cádiz)*. (Fot. de P. Romero de Solís). En virtud del Plan de Empleo Rural, hoy día El Gastor es un pueblo blanco, enjabelgado, limpio y ejemplo para muchas otras comunidades agro-urbanas.

Esta preciada cualidad se traduce en los pueblos vecinos como brutalidad —*bruteza (sic)*— y la han incorporado a su habla con una mordaz caracterización: «ser más bruto que el alcalde de El Gastor» es un superlativo de la misma índole que «ser más feo que el sargento de Utrera». La *hombría* de El Gastor se demostraría en tiempos de con-

tienda civil con un abundante derramamiento de sangre, es decir, desarrollando una violencia que lo colocase en una categoría moral muy superior a los plácidos y afeminados pueblos de la llanura (Pepe no parecía distinguir demasiado entre quién mataría a quién en tales ocasiones, satisfecho de que el monto total mantuviese alto el prestigio tradicional del pueblo). En tiempos de paz cuando la *hombría* no se mide en homicidios, esta prístina cualidad se manifiesta, muchísimo mejor, en una orgullosa indiferencia ante las leyes del Estado y una gran pasión por la tauromaquia.

Aquel año El Gastor decidió, aventajando con ello la costumbre de sus vecinos que se contentaban con correr los toros por las calles del pueblo como mucho, contratar profesionales que lidiaran en *trajes de luces* como se hacía, comúnmente, en los ruedos de Jerez y El Puerto (Fig. n.º I. 3).

Con este propósito el empresario instaló una plaza de toros de madera en una superficie plana sobre el barranco que servía de basurero en el límite del pueblo. Se levantaron unos bancos de madera sin desbistar sobre unas plataformas tendidas a cierta altura del suelo y, en lo alto de todo, un arreglo de banderas con los colores amapola y oro de España flotaban sobre el verde de los campos de maíz y los huertos de olivos. Por el lado del vertedero la plaza no tenía tendidos por falta de espacio y me pregunté si no terminaría algún toro de temperamento por saltar la barrera de ese lado y acabar hundido en la basura, doscientos pies más abajo. Según se dispuso la plaza, la estructura, encuadraba la vista hacia una distante colina, ya no de color vino sino blanquecina, donde se asentaba el pueblo de Olvera. Pepe me dijo:

– «Los de Olvera pueden ver nuestra plaza de toros y la envidia les ha quitado el hambre desde hace una semana. Los tenderos están todos desesperados porque nadie come ya en Olvera».

Llegué a El Gastor, por la mañana, con un grupo de notables de Grazalema y con Pepe una vez todos en el pueblo, se hizo cargo del automóvil. Nos precedió abriéndonos paso entre el gentío. Nos hizo desfilar por toda la plaza mientras gritaba a los niños:

– «¡Apartaos, quitaos del medio!».

Y lo seguía repitiendo, una y otra vez, aunque ya no hubiera niños alrededor. Finalmente, nos colocó en un lugar elevado al lado de la iglesia para que todos los visitantes apreciaran que «han venido incluso de Inglaterra para ver la fiesta en El Gastor».

Después, como huéspedes mimados de El Gastor, nos llevaron al Casino donde nos sirvieron, generosamente, aperitivos y bebidas.

La corrida estaba anunciada para las cinco de la tarde, y desde mucho tiempo antes, como pudimos constatar, los tendidos ya estaban casi llenos. Habían previsto dos toros, uno para cada novillero, cuyos nombres estaban impresos con grandes letras en los programas acompañados de los epítetos acostumbrados: «famoso», «insigne», «valiente», «pundonoroso». El programa también señalaba, con elegante redundancia, que a ninguno de los dos se los había visto antes en la plaza de toros de El Gastor.

En el Casino hubo un momento de tensión hacia las cuatro cuarenta y cinco cuando los toreros se quejaron de

que habían sido engañados y, en consecuencia, amenazaron con no salir al ruedo. El problema era que el empresario de la plaza había considerado oportuno economizar en algunos gastos y, en lugar de los novillos que anunciaban los



Fig. n.º I.3.— F. Prieto: *Corrida de toros en Zahara*, 1950, ól./l., 84 x 91 cms., Cádiz, Colección particular (A. C. Sáiz Valdivielso, Com., *Toros y Toreros*, Cat. de Exp., Sevilla, Museo de Arte Contemporáneo, il. n.º 77). Zahara es una villa que se encuentra a escasos kms. de distancia de Grazalema, de la Serranía de Cádiz y Villaluenga, Benaocaz, etc. También en las proximidades celebran sus fiestas patronales con espectáculos taurinos, unos con toros ensogados como Villaluenga y Grazalema y otro con capeas como aquí la descrita de El Gaster.

carteles, había comprado un par de vacas. A diferencia de los tiernos e ingenuos toritos que actuaban con precisión mecánica en las novilladas de las grandes ciudades, estas

reses honorarias eran muy grandes y enjutas, dotadas con cuellos largos y musculosos y armadas con cuernos como horquillas de heno. Se podrían haber *afeitado* dos pulgadas y las bestias, bajo cualquier criterio, seguirían considerándose muy bien armadas. Por otra parte, estos terribles animales tenían una amplia experiencia, porque estaba claro que el ganadero había permitido que los mataran porque ya habían sobrepasado, con creces, la edad de la reproducción. Encerradas en unos toriles construidos dentro de la estructura de la plaza, los niños llevaban, desde media mañana, azuzando a los animales con palos a través del cercado intentando despertarles sus cualidades masculinas.

El empresario y el apoderado de los toreros discutían en la trastienda del Casino y, en sus controladas estrategias, se permitían, de vez en vez, impugnar delicadamente el honor del contrario.

– «¿Tan poco dominio de su arte tenían esos jóvenes que sólo eran capaces de lidiar erales...?».

– «¿Mostraban tan poco respeto por su contrato que lo iban a romper en el último momento...?».

– «¿No les emocionaba el entusiasmo del público, un público tan sincero, generoso e inteligente como el mejor de España...?».

– «O, quizá, fuera coraje lo que les faltaba?».

– «¿Deberían, en esas circunstancias, afeitarse los cuernos...?».

El apoderado se tragaba estas imputaciones con expresión de doloroso desprecio. Y, después, como dirigiéndose a un niño impertinente, replicaba a su vez:

– «Ellos torear toros, no vacas... Habían venido ilusionados a El Gastor pero esta corrida de vacas es indigna de ellos... Están acostumbrados a los ruedos de Sevilla, Valencia y Madrid. Y por esa razón se niegan...».



Fig. n.º I.4.– *Un alguacilillo y su flamante plumero* (R. López de Uralde, Ed.: *El Cosfío. I*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pág. 81). Se trata, con el *alguacilillo*, del signo por el que la corrida moderna expresa su voluntad de asumir, como antecedente, las funciones de toros de los siglos pasados. Una visión muy diferente la daba Belén Ordóñez en un artículo publicado esta Feria de Abril en *El Correo de Andalucía* donde contaba cómo, antes de iniciar el paseíllo, los toreros buscaban, por encima de las cabezas de sus compañeros, el plumero de los alguaciles para averiguar qué viento soplaba en el ruedo.

– «¿Era aquel pueblo tan mísero que no podía ni siquiera comprar un toro?...».

– «¿Tan pobre era el empresario que no podía pagarlo?... Había muy buenas ganaderías en 50 kms. a la redonda y, él mismo, se había ofrecido a negociar la compra sin cobrar comisión, de puro favor, para asegurarse que los animales eran dignos de sus hombres... Un torero joven tenía que pensar en su reputación... Tenía que tener un material decente».

Al final la discusión se zanjó, como todo el mundo sabía que terminaría, esto es, mediante el pago de unos cuantos *duros* extra. Media hora después comenzaba la corrida. Empezó con el empresario —de cinco pies y cuatro pulgadas de estatura y muy grueso de cuerpo—, cruzando a pie la plaza, representando el papel del alguacil, para pedir al Presidente las llaves de los toriles (Fig. n.º I.4). En realidad, en este caso, los chiqueros no tenían llave pero es un acto ritual que no puede omitirse. Normalmente, en las corridas convencionales, lo lleva a cabo un jinete vestido a la usanza del siglo XVII. Saludó con un floreo del sombrero y una profunda reverencia. En ese momento, una de las vacas, martirizada por los niños más allá de su aguante, consiguió desclavar una de las tablas de su prisión y asomó la cabeza y las patas delanteras al ruedo. Un grito surgió de la multitud y el empresario no perdió un segundo y corrió, como una exhalación, hacia la barrera a la que se encaramó con una agilidad sorprendente. El encargado de las vacas hizo retroceder a golpes al animal y volvió a colocar la tabla. Libre el ruedo, el empresario bajó de su refugio, recogió su sombrero y, sacando pecho, dio la vuelta al ruedo, lentamente, con el mismo aire altanero que mantendría César entrando en el Senado. Una inmensa ovación mezcla de silbidos y ¡olé! saludaron esta muestra de garbo.

La banda del pueblo comenzó a tocar y los dos héroes, *Valiente* y *Pundonoroso*, iniciaron el paseíllo por el ruedo, precedidos por el empresario y seguidos por lo que los carteles llamaban «sus cuadrillas respectivas» que resultó ser un mozo del pueblo que había sido contratado ese día para llevar los trastos de torear y darle capa a los toros. El primer muchacho, *Valien-*

te, era alto, rubio y excepcionalmente guapo, parecía el capitán de *cricket* de un colegio inglés.

Recordé, con recelo, las disertaciones del Sr. Serruya sobre el tema de la sangre sajona, porque este joven no podía tener ese aspecto sin alguna gota de ella, sin una pincelada de cal. Además era de La Línea, del pueblo situado frente a Gibraltar, y que sirve de punto de aprovisionamiento para todas las necesidades y amenidades que la árida roca no suministra. Me preguntaba si no sería el fruto de la exaltación amorosa de algún guardamarina británico. El otro torero, presentado como *Pundonoroso*, era bajo, moreno y caminaba con los pies torcidos hacia dentro, y los ojos, muy juntos sobre la afilada nariz, seguían la misma dirección de sus pies.

Durante el paseíllo, la vaca que casi se había escapado del toril se concentró científicamente en la demolición de dicha estructura y los sones del pasodoble iban punteados por los roncros y rabiosos mugidos de la res, los golpes de las cornadas y los crujidos de la madera astillada. Los músicos, cuyo estrado estaba construido encima del *toril*, eran conscientes de que, bajo ellos, el furioso animal ensordecía su música e, incluso, ponía sus vidas en peligro pero, igual que la orquesta del *Titanic*, siguieron tocando con más fuerza para ahogar sus temores. Por fin, justo a tiempo, el encargado, obedeciendo de un salto la orden del alcalde, descorrió un par de tablas y la vaca salió al ruedo mugiendo tan escandalosamente que semejava el barritar de un elefante enfurecido. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo grande que era el animal. Negra como el carbón, delgada y musculosa como una figura de Miguel Ángel, no se movía con la furia ciega y espontánea de los toros sino con una astucia digna de la más avisada zorra.

El torerillo de los pies torcidos paseó su capote por el ruedo y la vaca se arrancó tras él; no intentaba cornear el capote sino pisotearlo en su intento de alcanzar al hombre. Ya en el primer momento resultó evidente que el animal, tras innumerables tientas y capeas de pueblo, hacía mucho tiempo que había aclarado la confusión entre pantalón y capote en la que, precisamente, se basa el arte de burlar al toro, y que distinguía, entre uno y otro, con la pericia de un tasador. *Pundonoroso* tiró el capote, saltó la barrera y aterrizó en el regazo del alcalde, en el mismo instante en que los cuernos se estampaban contra la barrera, bamboleando todo la estructura. Entusiasmado ante esta muestra de bravura el público de El Gastor rugió con aprobación. Esa ferocidad habría de poner a prueba las virtudes de los profesionales. El alcalde y sus amigos, que habían cruzado agrias palabras con el empresario media hora antes, se apresuraban a palmearle la espalda y felicitarlo por haber encontrado semejante fiera reconociendo que bien valía los cien duros de más que les había costado.

Valiente, «el capitán de *cricket*», se adelantó, entonces, para mostrar su talento y, a pesar de que sostenía el capote bien extendido ante sí para tapar su cuerpo, la vaca siempre parecía saber dónde estaba y le embestía, directamente, como si el capote fuera transparente. Así, cada tentativa de pase terminaba en retirada hacia la barrera. Supuse que el traje lo había alquilado para la ocasión porque la montera no le ajustaba y se le caía cada vez que hacía un movimiento brusco. Por lo tanto, además de la dificultad técnica de torear tal animal, por si fuera poco, tenía que preocuparse en parecer digno y no descomponer la figura. Parecía carecer de la inamovible confianza en sí mismo

característica del español, y sus finos rasgos, contraídos por la vergüenza, me recordaron, cuando pasó junto a mí, al anuncio de una caseta en la calle principal de Gibraltar que, bajo el reclamo «Hágase su foto de torero», mostraba una selección de postales bordadas que enmarcaban con el brillo de la Fiesta Brava los rostros lozanos y cohibidos de marineros británicos... ¡La sangre sajona asomaba!

Tras unos pocos pases, *Valiente* abandonó cualquier intento de lidiar con estilo y, a la primera situación de peligro, huyó descaradamente hacia el refugio de la barrera, confiando su seguridad a las piernas. Pero la plaza estaba construida según las instrucciones y a la escala del empresario. La traviesa que sostenía el burladero le golpeó en la frente y lo dejó inconsciente en la arena. Se recobró al minuto y realizó el gesto de coraje apropiado intentando volver al ruedo, pero apenas podía mantenerse en pie y el apoderado se lo llevó sin dificultad.

Así que a *Pundonoroso* le cayó en suerte matar al animal, lo que procedió a ejecutar apuñalándolo repetidamente en el cuello mientras se escurría a su alrededor. El público de El Gastor no se conformó con este sacrilegio y rugió, con desprecio, ante semejante muestra de cobardía, relacionándola con la insuficiencia de alguno de sus órganos y con la lasitud moral de su madre. Cuando, finalmente, debilitada por la pérdida de sangre, la vaca se aplomó, el torero hizo el primer desplante pero, hasta el duodécimo intento, no logró envainarle una estocada mortal.

La segunda vaca era, si cabe, aún más formidable que la primera: más grande, más ágil, más negra, sus cuernos más blancos y largos y su carácter aún más taimado y perverso. Mientras que el ojo cercano a los tendidos parecía medio ciego,

el contrario ardía con un odio diabólico hacia la raza humana. En dos minutos enganchó al novillero con un cuerno por la entrepierna, lo lanzó por los aires, lo atrapó al vuelo con la curva de los cuernos y se lo echó limpiamente sobre el lomo. El torerillo salió ileso pero cualquier resto de hombría que aún le quedara había desaparecido. Su única idea era acabar como fuera, lo antes posible, con la tenebrosa res. Pero previamente tenía que hacer el brindis y, para el gesto con que esta ceremonia se hace, necesitaba la única montera que llevaban, la cual seguía en medio del ruedo donde la tuvo que abandonar el torero anterior. Cada vez que se dirigía, espada en mano, a recogerla, la vaca abandonaba el rincón donde el torero la había llevado con argucias y, antes de que pudiera recuperarla, lo ponía en fuga hacia la barrera, mientras embestía diestramente con el cuerno a la montera, alejándola. La lucha había llegado a un punto muerto y la vaca aparecía como dueña victoriosa del ruedo. El público mientras tanto, literalmente, aullaba de frustración contra el héroe que les había traicionado, contra el empresario que se había llevado su dinero y, un poco menos, contra la propia vaca.

Pepe Sánchez se inclinó sobre mi hombro y me susurró al oído:

– «Este animal está poseído por el demonio. Mira sus ojos, puedes verlo. No dejará nunca que le maten porque es el demonio. Lo sabía desde el principio».

– «¿Por qué no dijiste nada?». Pregunté.

Pepe Sánchez respondió enigmáticamente:

– «Soy el guardia municipal –dijo con orgullo– y no es mi trabajo discutir estos asuntos».

Nos interrumpió un silencio que se tragó todos los ruidos de la plaza, como si las mil personas hubieran absorbido de un suspiro todos los gritos de los últimos diez minutos. Atanasio, el hijo del panadero, había saltado



Fig. n.º I.5.— Manuel Benítez, *el Cordobés*, antes de ser un famoso matador se dio a conocer saltando al ruedo de las Ventas como *espontáneo*. En la imagen, la pareja de la Policía Armada con destino en la plaza se lleva detenido al aspirante (R. López de Uralde: *El Cossío*, vol. 11, *op. cit.*, Ed. 2000, pág. 52).

desde los tendidos al ruedo (Fig. n.º I.5). Le quitó un capote al mozo y avanzó dispuesto a redimir el honor de El Gastor. El toro se arrancó. Atanasio se colocó elegantemente en

el área de su ojo ciego y ejecutó una pasable imitación de verónica. Embestía de nuevo y el bicho enganchaba el capote en el aire para descubrir al hombre pero, otras tantas, Atanasio desaparecía de su campo de visión, rozando su estómago contra los flancos de la bestia, en una postura muy de moda en aquella época. Como el toro no seguía al capote, él solucionaba el asunto colocándose detrás de los cuernos. De esta manera ejecutó una serie de pases, incluido un último remate. Atanasio giraba, en redondo, tantas veces que el animal se vio forzado a permanecer quieto totalmente desconcertado y Atanasio se alejaba caminando lentamente y arrastrando el capote. Recogió la montera del centro del ruedo y la lanzó con altanería a los tendidos. Se podía sospechar, por la conjunción de sus actuaciones, no sólo que a la vaca la habían toreado cientos de veces sino que la mayoría la había toreado el propio Atanasio. (Según descubrí más tarde, el animal pertenecía a un tío suyo).

¡Aquello era valor! ¡Aquello era orgullo, dominio y gracia! La plaza, que se había quedado ronca gritando contra los profesionales, ahora encontró una voz nueva y mucho más entusiasta para aplaudir: «¡Olé Atanasio!» «¡Olé tus cojones!» «¡Olé!». La banda del pueblo, que había empezado a tocar al primer pase de Atanasio, se sintió transportada más allá del reino de la música y en el movimiento final cada hombre soplaba y golpeaba por su cuenta. El Titanic podría haberse hundido bajo sus pies y no lo habrían notado. Sombreros, bolsos y chaquetas volaban alrededor del sorprendido toro y la prostituta del pueblo, que no tenía nada más que perder, se quitó las bragas y las arrojó a la arena profiriendo un alarido.

En una eternidad que dura un segundo se consuman los actos sagrados de la vida. Recuerdo, con la claridad de un texto aprendido de memoria desde la infancia, cómo Atanasio avanzó con la espada y la muleta, brindó el toro al presidente y después al público de El Gastor con la montera del desgraciado novillero, y se fue al toro de nuevo al que propinó una serie de naturales —¡ni un solo rechazazo!— que no desmerecieron por precipitados quedándose, cada vez que pasaban los cuernos, como una estatua, mientras el toro enganchaba la muleta ya a su espalda. Antes de que la vaca pudiera enfocarlo con el ojo sano, se situaba para el siguiente pase.

Aún veo a Atanasio, en el mismo eterno segundo, inclinándose sobre el flanco derecho del toro, los ojos fijos en la distante cima de Olvera, la mano izquierda rodeando su propio cuerpo al final de un pase de pecho, mientras el toro sesgaba el aire con sus cuernos intentando desembarazar su vista del trapo rojo. Puedo evocar al torero, decidido, dirigirse lento hacia el toro, derecho a matar, volcándose sobre el morrillo, hundiendo el estoque hasta la cruz, mojándose el puño de sangre, mientras el toro lo buscaba inútilmente por su zona ciega. Puedo ver, mientras la sangre resbala por el lomo del animal hasta la arena, esa última y lastimera mirada del ojo ciego antes de humillar la cabeza sobre un trozo de asfalto descubierto bajo la arena. Finalmente, mi visión se difumina y se pierde con Atanasio sobre los hombros de la multitud, enarbolando las orejas, el rabo y las pezuñas del toro, hasta confundirse con un recuerdo doméstico de Atanasio en el matadero donde trabajaba los sábados por la mañana. Un admirador le lanza otra pezuña

recién amputada a la barbilla, el gesto me devuelve a la plaza y veo la cara redonda y rojiza de Atanasio, sus ojos maravillados al verse transformado en un héroe, en un dios, mientras que los hombres y las mujeres, estupefactos y aturcidos, permanecíamos en estado de adoración.

